El Problema Judio

LIC. ALFONSO CASTRO

El Problema Judío



EDITORIAL ACTUALIDAD

MEXICO, D. F.

1939

Prólogo

Imp. M. León Sánchez, S. C. L.

ES cosa grave escribir un libro: impone responsabilidad y abre destino. Más todavía si el libro lleva en sus páginas ese acento agónico, en el sentido que Unamuno atribuye a la palabra, que nace de los problemas que estrujan a la época. Entonces está prohibido errar, equivocarse, porque el error significa culpa, significa complicidad con la mentira interesada y mala que trata de devorar a nuestros días.

Tipo de libro agónico es el de Alfonso Castro, EL PROBLEMA JUDIO. *En él se habla de la enorme batalla que libra el Occidente con los siglos, con los largos siglos en que un fanatismo ha crecido y amenaza estallar en amargos y ensangrentados frutos.*

En efecto, el problema judío no es nada más problema de hoy, no es un problema del siglo XX. Se ha gestado durante lapsos enormes, ha ido acumulando energía a través de las edades y ha buscado siempre un punto de escape, sin encontrarlo. Es ahora cuando, desesperado, impaciente, acude a los últimos extremos y amenaza bañar al mundo entero.

Porque es éste otro dato que le da singular importancia: no se trata de un problema parvamente localizado, no es problema de región, de comarca,

ni siquiera de país. Es problema del mundo y, por consiguiente, problema de la humanidad.

Los judíos se han dispersado y han invadido toda la curva superficie del mundo, llevando a dondequiera sus viejos usos, su ancestral orgullo, su fanatismo sin par. Están en el mundo entero.

Y con ellos, en ellos, están ese sentimiento, esa pasión racista que todo quiere subordinarlo y humillarlo, que pretende exaltar al pueblo de Moisés al rango de amo de los hombres. Dura, áspera voluntad gobierna a esa pasión. Consideran los judíos que su pueblo es el "elegido del Señor", el llamado por Jehová a los grandes destinos. Y persuadidos de ello, ante nada retroceden, ningún escrúpulo los detiene, miran en todo aquel que no es judío un sér inferior, acaso menos que un perro, al que no debe tenerse ningún respeto, al que nada es debido.

Ese tipo de racismo feroz, que ni siquiera acepta como humano a lo que no es judío, ha sido empujado lentamente a través del tiempo. Empujado lentamente, implacablemente, con un sigilo y con una astucia casi inhumanos. Parece imposible, en ocasiones, que seres con figura humana, como los judíos, sean capaces de alimentar tanto odio y tanto desprecio a seres de figura humana como son los hombres no judíos.

Sin embargo, esa es la realidad. El judaísmo clava su garra ávida y feroz en la carne de la humanidad, y lo hace con un supremo desdén, sin la menor piedad, como si en sangre no humana la hundiera. Desde mucho, desde antes de Cristo, desde antes de Confucio, desde antes de los grandes filósofos griegos, desde antes, pues, de todo principio de ci-

vilización, ya los judíos eran los enemigos de la humanidad, ya la acosaban para encadenarla, para atarla a su indomable y secular orgullo.

Por eso, tradicionalmente, el judío aparece como el enemigo del hombre. Ahogado en su pasión racista, el judío nunca ha querido el bien del hombre, antes al contrario, ha sido su constante enemigo, y todo lo que es, inteligencia extraordinaria, voluntad inquebrantable, lo dedica a perseguir al hombre.

¿Cómo? ¿Por qué medios lo hace? El libro de Alfonso Castro lo indica, y lo indica con tan diáfana claridad, que en él se siguen todas las pausas del gigantesco y milenario duelo: el duelo de los judíos con la humanidad. Duelo enorme, duelo fantástico que carcome todas las épocas; pero que, sin embargo, no se sabe cuándo empezó.

Sería imposible precisar en qué momento apareció el reto judío y en cuál otro ese reto se resolvió en actos; pero la búsqueda paciente deja saber que, desde que se tienen noticias históricas y, más todavía, desde la protohistoria, el judío aparece hostigando al hombre, acosándolo como a una bestia salvaje. Desde siempre el judío aparece como el enemigo del hombre, un irreconciliable enemigo del hombre que, sin provocarlo a la lucha abierta, franca, trata de caerle por la espalda para atarlo y, atado, disponer de él a su arbitrio. Los viejos textos, los acontecimientos que el polvo ha cubierto, proclaman todos por igual que el odio judío no ha dejado de buscar el modo de hacer esclava a la humanidad. Animados los judíos por un sentimiento de raza sin par en la historia, animados por un implacable ren-

cor a todo lo que no sea su raza, todo lo combaten; mas tan sutil, tan pérfidamente, que con frecuencia el ataque no se nota, que los ingenuos ni siquiera llegan a creer que tal ataque pueda existir.

Para demostrar que sí existe, ha escrito su libro Castro. Libro sin pretensiones, libro preciso, claro y sobrio. En él la voz guarda siempre el acento sencillo y humilde del que dice la verdad desde lo más hondo de sus entrañas, del que no aspira a impresionar, sino a convencer. Eso es EL PROBLEMA JUDIO.

La parte histórica es una relación, nutrida de datos, casi desnuda de comentarios, casi, de tan sobria, seca. De ella, como de un zócalo sombrío, se levanta gesticulante y amenazador el viejo fantasma: el problema judío.

Y después, remontado ya el cauce de la historia, aparece el comentario sagaz, agudo, el comentario que penetra como una luz en las entrañas de la sombra y las aclara hiriéndolas.

Libro de un dramatismo pavoroso, dice de la lucha con tan limpio acento, con amenidad tan grande, que incluso los que dudan del problema judío, incluso aquellos que no creen en la amenaza judía, se ven arrastrados de página en página, siguiendo un drama que, para los que creen y temen, es pavoroso, para los que no creen ni temen, es magnífico por la grandiosidad del escenario y por las dimensiones de los personajes.

RUBEN SALAZAR MALLEN.

PRIMERA PARTE

CAPITULO I.

IDEAS GENERALES

EXISTE un hecho que los contemporáneos todos, lo mismo ilustrados que ignorantes, están acordes en reconocer y dispuestos a constatar; un hecho único en los fastos de la historia moderna y cuya universalidad, gravedad y cronicidad, difícilmente hallarían paralelo en la historia de la humanidad, no sólo de los modernos tiempos, sino de muy largas centurias, pues su magnitud es tal, que únicamente en muy contados períodos del historial de los hombres sobre la tierra se podrían encontrar ejemplos con qué parangonarlo: ese hecho es LA CRISIS. Absolutamente todos los hombres conscientes están acordes en confesar que el mundo atraviesa en los actuales tiempos por un período de crisis cuya magnitud supera a las más terribles situaciones colectivas que nos narra la historia.

La palabra crisis está, en efecto, grabada en el cerebro de todos los hombres actuales; es más, se refleja e interviene en forma decisiva y dominante en los actos todos de los humanos, en sus discursos, opiniones, actividades, transacciones, negocios, llegando a influir hasta en sus principios y en sus concepciones básicas sobre la vida. Es más: pue-

do afirmar, sin temor a exageración, que no existe hoy día cosa alguna, así sea la más abstracta y espiritual, que no se sienta afectada por el implacable hecho y que no se vea tocada en sus cimientos mismos por la crisis. Tan es esto así, que la filosofía, la ciencia sintética suprema de todos los humanos conocimientos, abstracta por naturaleza y por definición, no sólo ha debido ocuparse de la crisis y estudiarla, sino que ha visto modificados sus derroteros por un hecho que tan fundamentalmente afecta a la vida humana: el filósofo de hoy, si no quiere ser "voz que clama en el desierto," debe también, siquiera sea en forma complementaria, ser sociólogo, político y economista.

He dicho que el hecho contemporáneo degenerante en situación y designado, por consiguiente, impropiamente con el nombre de "crisis," es de una universalidad, gravedad y cronicidad sin paralelo en la historia. En efecto, la crisis, o mejor dicho, *el estado anormal estacionado en la algidez,* afecta a toda una civilización y engloba, por consiguiente, a todos los pueblos cultos: es pues, universal; afecta profunda y sustancialmente las más vitales actividades de la vida humana: es por lo tanto, grave; ha perdido casi totalmente las características de una transitoreidad cuyo climax oscila en el vértice, para convertirse en una situación, en un estado permanente que ha resistido todos los remedios y permanecido en pié a pesar de todos los conjuros: es pues, crónico. Y cronicidad, gravedad y universalidad, adunadas por la terrible fuerza de las consecuencias, han dado una resultante tremenda: la crisis, la situación anormal oscilante en la algidez, es económica, social, moral, política: transacciones comerciales, relaciones de convivencia humana, concepción de las costumbres, principios de derecho, normas de gobierno, todo ha sido afectado, todo padece una conmoción.

Todo mundo también, percibe y siente que se derrumba la estructura social en que vivimos y en la que han vivido todas las generaciones pasadas, y los sabios afirman que asistimos a una revisión de todos los valores humanos, desde los más sórdidos y materiales, hasta los más espirituales y elevados, sin precedente en la vida humana y frente al panorama de inquietud y de desconcierto que nos ofrece el mundo de hoy, los hombres que piensan y que tratan de descubrir las causas de esa crisis que padecemos, han surgido buscando una fórmula que proporcione alivio a la humanidad. Los pesimistas y demagogos presagian días de ruina y de lucha apocalíptica; los economistas y sociólogos sensatos, profundizando las causas de nuestros males, proponen planes para salvarnos de la hecatombe que se avecina; hanse formado escuelas y organizado opiniones, encauzándolas hacia tal o cual camino, según la tendencia política y social de los encabezadores; hanse ensayado sistemas y establecido doctrinas; se ha luchado no tan sólo en el campo de las ideas y de las meras elucubraciones abstractas, sino en el terreno de los hechos, llegando hasta los campos de las armas y de la lucha por una idea social. Los pensadores y los sabios, los industriales y comerciantes, los profesionistas y los hombres de mundo, los estadistas y los políticos, los líderes y los obreros, los periodistas y los literatos, todos han tomado y toman cotidianamente parte activa en las disposiciones y disputas, afiliándose cada uno a determinada ideología; y, por último, las multitudes, el *hombre masa*, se adhiere a uno u otro bando y con tal pasión toma a pecho sus ideales o los de su "líder," que va amenazando a la humanidad con destruirla, pues tal parece el propósito de aquellos que no hablan sino de división y lucha de clases, que es uno de los postulados que preconiza una de las más extendidas corrientes de orden político-social.

Un ambiente de anarquía y de descomposición social ha invadido, como resultante de esas ideas, a la sociedad toda. Parece que de un momento a otro va a derrumbarse la civilización en que vivimos y que el engranaje social se va a modificar de una manera radical, pues muchos afirman que nuestros males tienen como origen la pronunciada e injusta desigualdad de clases.

Sin embargo, en medio de esta febril gestación de ideas y de doctrinas, hay que observar que una gran mayoría de los hombres tiene convicciones que no le han costado ningún esfuerzo mental, sino que simplemente las externa por seguir la corriente o porque se ha visto arrastrada por el halago y promesas de tal o cual corriente política. Agravando la situación, los líderes sociales han comprendido que el momento es propicio para arrastrar a las masas; manos maestras han preparado admirablemente el fermento de la agitación y lo aprovechan con un máximum de rendimiento.

Se dice que se libra un choque de ideas entre los que sostienen la vieja civilización y los que aspiran a la construcción de un nuevo período de historia basada en concepciones económicas. Del choque de ideas parece que llegamos ya a la lucha material, lucha fratricida de un pueblo contra otro pueblo, de un hombre contra otro hombre, de una clase contra otra clase.

No cabe ya duda que el desbarajuste económico y sus repercusiones en la economía doméstica es lo que inquieta y oprime más a la humanidad; sin embargo, muchos son de opinión que primero asomó en este mundo la crisis política y después la económica. Algunos pensadores aseguran que la causa del colapso que sufrimos tiene su origen en la terrible sangría de 1914; pero actualmente ha sido desechada esta afirmación, porque el oro y los enormes esfuerzos financieros que se gastaron en el conflicto mundial, sólo hi-

cieron que la riqueza cambiara de dueño y se acumulara en unas cuantas manos.

La crisis a que me vengo refiriendo y que tan seriamente afecta a la humanidad; ha sido objeto de estudio y de análisis por un número infinito de sabios y de estudiosos, pero casi todos han abarcado el aspecto económico; otros, empero, se han dedicado a ahondar en los problemas políticos y morales que nos afectan, y hay finalmente otro sector de intelectuales que ya forman una legión, que profundizando un poco más los acontecimientos sociales, han descubierto la intromisión de un factor humano que actúa secreta y organizadamente y que trabaja con propósito preconcebido en pro de la desintegración del régimen social en que vivimos, con mira hacia fines ulteriores.

La intromisión de un factor humano que actúa, como dije ya, organizada y secretamente con mira a ulteriores fines universales, hace tiempo que ha sido sospechada y descubierta. En los últimos acontecimientos de la historia que han provocado la hecatombe, se ha observado que las relaciones y trastornos internacionales no han seguido el curso normal y lógico que el desarrollo de los hechos impone por sí solo, tal como nos lo enseña la historia, sino que, en realidad, han constituído un cúmulo de contradicciones e incoherencias de las que en un principio no se atinaba con la clave.

Como ejemplo inmediato tenemos la guerra de 1914, en cuya contienda puede decirse que no hubo vencedores, pues jamás pudo con más rigor aplicarse el pensamiento casi profético de Attlee, que dijo: "El máximum de conquista de un Estado de los que se preparan a la guerra, no es nada comparado con el mínimum de pérdidas que tendrá forzosamente que sufrir." Este pensamiento se vió plenamente confirmado al analizar y sacar en limpio los resultados de una

contienda cuyo objetivo primario era destruir los imperios centrales de la vieja Europa: Austria y Alemania, para poder seguir un plan de dominio y acercar unos pasos más la revolución mundial que habrá de cambiar la faz del universo.

A partir de la Revolución Francesa en que tuvieron su apoteosis los derechos del hombre, comienza una era de rebeliones en marcha progresiva y se empuja a la humanidad hacia la destrucción de todo lo estable que conserva en su seno. Comenzóse con el liberalismo unido al jacobinismo más o menos rabioso; prosiguióse con el socialismo, y créese haber dado cima en el comunismo.

La misma democracia, la diosa más querida de los pueblos, ha sido medio maravilloso para pulverizar el poder en manos de las multitudes y así arrebatarlo y ponerlo en manos de los altos intereses que se mueven en el mundo. Toda la serie de agitaciones políticas y de rebeliones tiene una sola explicación satisfactoria, forman una síntesis, a la luz de un plan universal que se perfila desde hace mucho tiempo con objeto de adueñarse de los destinos de la humanidad. Este factor humano que ocultamente ha obrado en los acontecimientos históricos a que nos venimos refiriendo, es la actuación sorda y encubierta de un pueblo, de una raza, en su esfuerzo quizá de cumplir con lo que, según su creencia, le manda la Biblia, de dominar al mundo y de hacer que le sirva a sus pies. La actuación de ese pueblo pululante, su esparcimiento por el universo todo, su intromisión en todas las actividades de los demás pueblos y su absorcionismo en el mundo de los negocios y de las riquezas, es lo que en los modernos tiempos designamos bajo el nombre de EL PROBLEMA JUDIO.

Concomitantemente al desarrollo ostensible de la actividad judaica, se ha provocado una reacción de parte del mundo no judío y que se llama antisemitismo.

cieron que la riqueza cambiara de dueño y se acumulara en unas cuantas manos.

La crisis a que me vengo refiriendo y que tan seriamente afecta a la humanidad; ha sido objeto de estudio y de análisis por un número infinito de sabios y de estudiosos, pero casi todos han abarcado el aspecto económico; otros, empero, se han dedicado a ahondar en los problemas políticos y morales que nos afectan, y hay finalmente otro sector de intelectuales que ya forman una legión, que profundizando un poco más los acontecimientos sociales, han descubierto la intromisión de un factor humano que actúa secreta y organizadamente y que trabaja con propósito preconcebido en pro de la desintegración del régimen social en que vivimos, con mira hacia fines ulteriores.

La intromisión de un factor humano que actúa, como dije ya, organizada y secretamente con mira a ulteriores fines universales, hace tiempo que ha sido sospechada y descubierta. En los últimos acontecimientos de la historia que han provocado la hecatombe, se ha observado que las relaciones y trastornos internacionales no han seguido el curso normal y lógico que el desarrollo de los hechos impone por sí solo, tal como nos lo enseña la historia, sino que, en realidad, han constituído un cúmulo de contradicciones e incoherencias de las que en un principio no se atinaba con la clave.

Como ejemplo inmediato tenemos la guerra de 1914, en cuya contienda puede decirse que no hubo vencedores, pues jamás pudo con más rigor aplicarse el pensamiento casi profético de Attlee, que dijo: "El máximum de conquista de un Estado de los que se preparan a la guerra, no es nada comparado con el mínimum de pérdidas que tendrá forzosamente que sufrir." Este pensamiento se vió plenamente confirmado al analizar y sacar en limpio los resultados de una

contienda cuyo objetivo primario era destruir los imperios centrales de la vieja Europa: Austria y Alemania, para poder seguir un plan de dominio y acercar unos pasos más la revolución mundial que habrá de cambiar la faz del universo.

A partir de la Revolución Francesa en que tuvieron su apoteosis los derechos del hombre, comienza una era de rebeliones en marcha progresiva y se empuja a la humanidad hacia la destrucción de todo lo estable que conserva en su seno. Comenzóse con el liberalismo unido al jacobinismo más o menos rabioso; prosiguióse con el socialismo, y créese haber dado cima en el comunismo.

La misma democracia, la diosa más querida de los pueblos, ha sido medio maravilloso para pulverizar el poder en manos de las multitudes y así arrebatarlo y ponerlo en manos de los altos intereses que se mueven en el mundo. Toda la serie de agitaciones políticas y de rebeliones tiene una sola explicación satisfactoria, forman una síntesis, a la luz de un plan universal que se perfila desde hace mucho tiempo con objeto de adueñarse de los destinos de la humanidad. Este factor humano que ocultamente ha obrado en los acontecimientos históricos a que nos venimos refiriendo, es la actuación sorda y encubierta de un pueblo, de una raza, en su esfuerzo quizá de cumplir con lo que, según su creencia, le manda la Biblia, de dominar al mundo y de hacer que le sirva a sus pies. La actuación de ese pueblo pululante, su esparcimiento por el universo todo, su intromisión en todas las actividades de los demás pueblos y su absorcionismo en el mundo de los negocios y de las riquezas, es lo que en los modernos tiempos designamos bajo el nombre de EL PROBLEMA JUDIO.

Concomitantemente al desarrollo ostensible de la actividad judaica, se ha provocado una reacción de parte del mundo no judío y que se llama antisemitismo.

Más de dos mil años tiene de existencia el problema judío que agita al mundo en una forma más o menos violenta, según las épocas y los países, pues el antisemitismo ha existido en todos los tiempos, siquiera haya sido sordamente, y ha tenido manifestaciones en dondequiera que los judíos han puesto la planta.

En el presente ensayo, pretendo únicamente estudiar de una manera fría, imparcial y metódica, los rasgos más salientes y característicos de este problema. Colocado en un punto de vista de altura, de modo que la visión no se empañe ni por mirajes ni por pasión, no pretendo acusar al judaísmo de todos los males que sus enemigos le achacan; de esta tarea me veo dispensado desde el instante en que los hechos y los datos que aquí consignaré, hablan con indubitable veracidad; tampoco intento defender a los hijos de Jacob contra sus cada día más numerosos enemigos; mi posición, en todo el decurso de mi trabajo, es la del sereno observador que va agrupando y valorando los hechos y sacando de ellos las conclusiones que la lógica exige, aprovechando las enseñanzas y poniendo de relieve las realidades, pero sin ensañamientos ni rencores.

Difícil es encontrar solución a un problema tan complejo y de aspectos tan múltiples como el problema judío, pues es un problema social que involucra repercusiones sobre todo un orden de problemas del ámbito político, del moral, del económico y tiene ramificaciones y conexiones hasta con puntos de demografía y de progresos técnicos y comerciales: su esfera es de una amplitud no sospechada a primera vista por quien no se ha adentrado en su conocimiento. Por tal razón, su solución exige mucho tiempo, mucho estudio, mucha dedicación; ¡sesenta generaciones han estado buscando atinada solución al problema judío, y el problema judío sigue insoluto hasta la fecha!

En los actuales tiempos este problema se ha recrudecido en forma que ha causado alarma a los contemporáneos, y he aquí que en ninguna época como en la presente, los hombres de estudio dedican su inteligencia al examen de la actuación del pueblo hebreo, pues se trata nada menos que de salvaguardar las bases fundamentales en que se sustenta la cultura toda de Occidente. Es por esto que en nuestra época, bajo el apremio de las circunstancias por que atraviesa el mundo, el judaísmo y el antisemitismo están siendo llevados al lente microscópico de la observación científica y el problema judío, como ya antes observé, atrae cada día la atención de mayor número de pensadores, pues cada día también, el judaísmo deja traslucir en una forma fuertemente sintomática sus calidades de factor de perturbación en los pueblos, y cada día, asimismo, es más patente que su presencia viene acompañada de gérmenes patógenos y virulentos que parecen inficionar y corroer todos los organismos sociales, pues la lucha de clases inspirada en odios multilaterales, la guerra de las ideas que mina la unidad y la armonía sociales, la guerra fratricida o interracial con manifestaciones aparentemente esporádicas, y la grande conflagración que lenta pero inevitablemente parece avecinarse, según el entender de los peritos, y que, de llegarse a desatar, traería aparejada la destrucción acaso total de todo el orden de cosas existentes y hasta de todos los valores que ha creado la civilización, todos estos sistemas de aniquilamiento son el fruto del nuevo evangelio "reivindicador" de la justicia social: el marxismo; y ese marxismo no ha podido ocultar más, ante las investigaciones acuciosas de los sabios, su filiación judaica.

Ahora bien: dividida la humanidad, como realmente lo está, en dos banderas ideológicas, el marxismo de una parte y de la otra la adhesión a los valores clásicos que se alimen-

tan en la idea de Dios, de Patria y de Familia, ha quedado patente a los ojos de los observadores, que en el primer bando se halla alistado —y precisamente a la vanguardia— Israel, el eterno enemigo de los *gentiles;* notándose también el hecho agravante de que en tanto que los otros están desorganizados y divididos en minúsculas pasiones transitorias, Israel no solamente se encuentra organizado vigorosamente, sino que es a su vez el jefe de la desorganización, acumulando de paso en sus arcas el oro del mundo, mientras patrocina o dice patrocinar la fraternidad social y la humanización y socialización de la riqueza.

Rudo revés ha sido, por más que en la táctica judía entre el simularlo, el que el mal haya sido localizado y que a la faz del mundo cada día más ostensiblemente, se ponga de manifiesto la política de lo que los alemanes llaman *el Estado "Pan Judea."* Este, dicen, es la última fase de organización internacional que nos ofrece el judaísmo en su milenaria evolución social. Pan-Judea, *el Estado sobre los demás Estados y dentro de los demás Estados,* es una concepción tradicionalmente judía del estado que casi prescinde del factor territorial; es gracias a esta concepción verdaderamente genial, que el judaísmo no se ha visto jamás circunscrito a una región, ni siquiera a un continente, sino que ha logrado, merced a esta táctica no adoptada nunca por alguna otra raza, adquirir una carta de ciudadanía universal, llegando así a todos los rincones del planeta, entremezclándose en todas las actividades de los demás pueblos ,y, lo que es más, dominándolos política, social y económicamente, sin ejércitos y sin escuadras acorazadas.

Hoy día es ya cosa manifiesta que Israel está admirablemente organizado, que sus súbditos le obedecen bajo la inspiración de un común objetivo racial, que posee sus métodos y organizaciones propias que le ayudan a su estruc-

turación interna, que tiene sus tribunales secretos y especiales que conocen exclusivamente de toda controversia o litigio entre miembros de la comunidad judía y que se rige por un solo código: el Talmud. Libro no sólo de asuntos religiosos, sino de normas rigurosamente sociales, penales y civiles.

Pero a pesar de que Pan Judea se encuentra extendido por todo el mundo y relacionado con todos los seres vivientes de la tierra, ha sido sumamente difícil penetrar dentro de sus admirables secretos y desentrañar su táctica política y sus estrictas finalidades sociales. El judaísmo entero, aparte sus actividades de carácter individual en cada uno de sus miembros, es una asociación secreta universal cuya técnica ha cuajado por completo en la estructuración de sus instituciones y que por todas partes permanece con las puertas cerradas, día y noche, con centinelas alertas, no dejando que el "gentil" penetre a enterarse de sus organizaciones que son el orgullo de su raza. Es por esto que las investigaciones acerca del problema judío se hallan erizadas de obstáculos para su análisis y estudio, especialmente en nuestro medio, mal consciente todavía de un problema que la mayoría ni siquiera sospecha que se gesta en nuestro seno mismo.

La cuestión judía, no obstante lo arduo de su estudio, ha pasado ya, a la altura de los actuales días, de un mero estudio de razas o de credos, de simpatía o de odio, al análisis de un factor de fuerza social, de discordia o de reconstrucción, elemento de ruina o de reivindicaciones, en el campo de la sociedad.

La ola inmigratoria que nos inundó después de la guerra europea, con la franca complicidad consciente o inconsciente de altos personajes de nuestras administraciones: in-

migraciones compuestas de elementos de distintas nacionalidades: alemanes, austriacos, polacos, rusos, etc.; pero de raza judía y que entraron al país *mansamente*, bajo permiso de *labrar la tierra*, pero que una vez dentro, han invadido las principales rúas de nuestras capitales, tomando por asalto multitud de actividades comerciales ocupadas antes por nuestros connacionales, ejerciendo sobre ellos una competencia ventajosa, no siempre leal; todo esto nos impele al examen del problema judío, ya que la experiencia adquirida por otros pueblos a costa de muchos sufrimientos, nos señala el peligro que entrañan las inmigraciones judías para el país que las acoge.

CONSIDERACIONES CONCRETAS

Seducido por la nobleza de la finalidad, al par que convencido de la importancia de la empresa de los que estudian los problemas del mundo bajo este último aspecto, he juzgado, no solamente oportuno, sino de la más estricta actualidad, cooperar con mi grano de arena para la ventilación y aclaración de tan importante tema, esperando al mismo tiempo que mi modesto trabajo abra la ruta, hasta ahora prácticamente inexplorada entre nosotros, a fin de que otros vengan con nuevo y más caudaloso acopio de materiales, a señalar con un índice más ilustrado que el mío, el punto hacia el cual deben convergir las miradas escrutadoras de todos aquellos que por vocación o por ineludible deber profesional o de clase, tienen una misión orientadora en la sociedad. Misión es ésta muy del resorte del abogado, no únicamente en su calidad de hombre social por excelencia, sino por su papel de aquilatador y armonizador del inter-

cambio y comercio de los hombres. (1) Sigo, al obrar en este sentido, direcciones y tradiciones no únicamente universales, sino peculiares de nuestro país y de nuestro medio, en el cual siempre se ha visto que el abogado marcha a la vanguardia del pensamiento de su época, estudiando, quizá primero que todos, las condiciones en que se desenvuelve la vida de sus contemporáneos; estudio por cierto tanto más fructuoso y pertinente a su profesión, como que las normas jurídicas y los ordenamientos legales recopilados en los códigos, deben, forzosamente, ya sea tarde o temprano, resentirse de las circunstancias y situaciones de la época en que rigen, no menos que traducir, condensándolas en su parte medular, las ideas imperantes en materia social, en materia política, en materia económica. Yo juzgo sinceramente que tales estudios forman como un cimiento en el cual debe asentarse la ilustración de todo buen jurista. El jurisconsulto no está eximido de seguir la evolución del pensamiento humano con el fin de documentar mejor su criterio; y si, cual lo afirmaba Montesquieu, "las leyes son las relaciones necesarias que se derivan de la naturaleza de las cosas," el letrado necesita informarse *ex origine* de esa naturaleza, es decir, estudiar todos aquellos estados colectivos, todos aquellos fenómenos sociales y todas aquellas situaciones generales, que afecten a las relaciones y transacciones de los hombres: precisamente el campo en el cual va a trabajar para hacer que se dé *suum cuique*, según la más moderna, la más actual y la más adecuada concepción de la justicia y del derecho.

------

(1) El autor se sirvió del tema que titula este libro, para presentar la tesis de su graduación en la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de México; de aquí que, aparte del desarrollo de consideraciones históricas y sociales, vengan a desenvolverse estudios jurídicos sobre ciertos aspectos del problema judío, los que en su mayor parte quedaron incluidos en esta edición.

Yo he procurado enfocar todo este estudio de una cuestión que tan directamente afecta a los derechos y a los intereses de la colectividad, hacia una finalidad totalmente acorde con las grandes cuestiones de derecho cuyos dictados y hasta cuyos principios, en virtud de la nueva revolución de las ideas, han sido hoy día puestos a revisión; así, por ejemplo, si anteriormente el derecho de la propiedad fué universalmente acatado, desde el momento en que alguno afirmó que "la propiedad es un robo," el hombre de leyes debe estudiar semejante proposición y desentrañar el fondo de verdad que por ventura tuviera la nueva concepción socialista y marxista del derecho de propiedad, antes tan absoluto y hoy tan discutido y sujeto a cortapisas que precisamente lindan con el mismo derecho de propiedad en cuanto es ejercido por un vecino. ¿Cómo, si no, podrá el apoderado de todo interés justo, abogar por que se dé *suum cuique*, a cada quien lo suyo?

Hay, desgraciadamente, en el campo de mis investigaciones, no pocos obstáculos y no escasas lagunas que no siempre me ha sido posible salvar, debido a la naturaleza misma de la cuestión y al carácter especial, circunvalado y hermético, del factor humano cuya actuación me propongo estudiar; sirva esto al mismo tiempo de disculpa y de incentivo; lo primero, porque no es posible presentar un trabajo perfecto cuando no existen todavía datos completos sobre ciertos puntos de la cuestión; lo segundo, porque, abierto el sendero, otros vendrán con mejores elementos y provistos ya de los datos que hoy se reserva el futuro, para complementar la obra iniciada. Sea para ellos el honor y para mí la satisfacción de haber levantado mi índice para señalar el punto del horizonte a donde han de convergir muy pronto las miradas de los demás.

CAPITULO II.

LOS JUDIOS EN EL PASADO.

EL origen del pueblo judío, como el de todos los demás pueblos, está envuelto en las obscuridades de la prehistoria. Ese origen se remonta hasta las lejanías bíblicas de las últimas edades patriarcales y es precisamente la Biblia la que narra la historia de los doce hijos de Jacob que fueron más tarde los caudillos de las doce tribus de Israel. Sin embargo, no todos los investigadores, principalmente en los últimos tiempos, están de acuerdo con lo que dice la Biblia sobre el origen de los judíos. Este libro, al que el pueblo hebreo llama "La Tora," ha tenido contradictores serios; ya en tiempos antiguos, hombres de la talla de Séneca, Tácito y Tertuliano afirmaron que los hebreos eran la escoria de las naciones de Oriente: criminales, leprosos, etc., expulsados de aquellos paises, que se reunían en los desiertos de Egipto, Sinaí y Arabia para constituir pronto un azote para los pueblos que los habían expulsado. De este modo se pretende explicar, por algunos investigadores, el hecho de que hasta nuestros días, ciertas enfermedades, como la lepra, la demencia, la sífilis congénita, se encuentran entre los judíos en una proporción cuatro veces mayor que

entre los demás pueblos. En el Evangelio se ve a cada página que Jesús curaba enfermos de lepra, de parálisis, de demencia, o posesión del diablo, con una frecuencia que parece corroborar la anterior afirmación. De todo esto ha sido sacada la deducción de que las características raciales, así como las éticas e idiosincrásicas de esta raza, y que en las demás constituye motivo de menosprecio, sean herencias seculares que el pueblo judío se transmite de generación en generación.

Dice la Biblia, que en los inicios de la historia del pueblo judío, era cosa común entre ellos la práctica de la poligamia: así, sabemos que Moisés tuvo más de cien mujeres, entre ellas hasta concubinas negras, por lo que su hermano Aarón llegó a reprenderlo. El Rey David tuvo más de trescientas mujeres. Salomón llegó a duplicar esta cifra; y ese hecho, repetido constantemente, hizo que multiplicándose los hijos, el pueblo aumentara rápidamente.

Sobre la estancia del pueblo escogido en Egipto, no hay más datos comprobados que los que la Biblia o Tora suministra. Existe un papiro egipcio que habla de sesenta hombres en el desierto que pedían al Faraón permiso para entrar a Egipto. Los investigadores creen que este papiro se refiere a los judíos, dada la coincidencia de fechas y la semejanza con la historia bíblica de Jacob y sus hijos, que habiendo tenido hambre en el desierto, se dirigieron a Egipto con sus ganados y sus bienes, habiendo sido bien recibidos por los Faraones, merced a la astucia de uno de ellos; llamado José, y habiéndose, posteriormente, apoderado de todo el oro y la plata de aquel país. Este último hecho está consignado en el Exodo, uno de los libros que contiene la Biblia.

Estos sucesos se sitúan en el año de 1900 antes de la Era Cristiana. Años más tarde, los judíos se multiplicaron

en Egipto, alcanzando gran preeminencia y dominio, al grado de que el Faraón se alarma y dice: —"He aquí que los hijos de Israel forman un pueblo más numeroso y fuerte que nosotros; ¡vamos!, tomemos precauciones contra ellos porque si sobreviene una guerra contra nosotros, se podrían unir con nuestros enemigos y combatirnos." (Exodo, 1-9-10).

Ni la buena acogida por los faraones, durante centenares de años, ni la multitud de generaciones nacidas en el legendario Egipto, habían podido asimilar a los israelitas a la nación egipcia. Seguían siendo hebreos, es decir, extranjeros; así los consideraban los faraones, por lo que su temor de que se unieran con los enemigos en caso de guerra, resultaba justificado. Ahí, en Egipto, fué donde se desencadenó la primera persecución contra los hebreos, de que habla la historia. Se dice que se les impusieron las más duras tareas y la más pesada servidumbre y, como todo ello no fuera suficiente, el Faraón llamó a las parteras y les ordenó que mataran a los niños recién nacidos, discurriendo, además, otros muchos castigos que, según la historia sagrada, provocaron la cólera de Dios. Años después sobrevinieron las diez famosas plagas de Egipto, y los hebreos, en masa, tras de robar todo el oro de los egipcios, huyeron todos hacia la tierra de Canaán guiados por el gran legislador Moisés.

La conquista de Canaán es una historia llena de crueldades: pueblos enteros fueron pasados a cuchillo y hasta los animales de las poblaciones conquistadas eran sacrificados como "impuros," para dar gracias a "Jehová." Se dice que el rey David mandó amarrar decenas de miles de prisioneros, mandando que los tendieran sobre el suelo para que sobre ellos pasaran sus ejércitos de caballería y sus carros con ruedas y cascos erizados de clavos, hasta hacer que murieran setenta mil prisioneros sin distinción de sexos ni

de edades. Otros prisioneros, cuyos conocimientos eran aprovechables, fueron reducidos a la esclavitud, sacándoles, generalmente, los ojos.

Hacia el siglo V antes de nuestra Era, encontramos a los judíos en Persia, bajo el reinado de Jerjes I, el Asuero de la Biblia, conforme al libro de Esther. Esta mujer, de raza judía, se encontraba en el harem del Rey de Persia y gracias a su influencia logró que el monarca mandase colgar a su primer ministro Amán y hasta toleró que los judíos pasaran a cuchillo a muchos nobles del reino que estaban a punto de rebelarse contra el degradante dominio que sobre ellos ejercían los extranjeros. En memoria de este triunfo, los hebreos celebran hasta los tiempos presentes la fiesta del "Purim", sacrificando cada hombre un gallo y cada mujer una gallina, que simbolizan a los enemigos del judaísmo (1).

Judith es otra de las grandes mujeres que venera el pueblo judío; esta prostituta logró captarse la simpatía de Holofernes, general de Nabucodonosor I, y en el momento oportuno decapitó en forma traidora a aquel jefe, enemigo de su pueblo.

Aunque es común la creencia de que los judíos empezaron a derramarse por el mundo entero a partir de la destrucción de Jerusalem por Tito, las investigaciones hechas en el Oriente en los últimos cincuenta años, han comprobado que los hebreos se extendían ya por ese lado del mundo desde antes de la venida de Cristo. A principio de nuestra Era, los judíos eran ya más numerosos en la Diápora que en Palestina y los investigadores dicen que había en Egipto, en tiempo de los Ptolomeos, un millón de judíos sobre una

---

(1) Tres fiestas principales celebran los judíos: el Purim, la fiesta de Esther; la Pascua, que conmemora la salida de los judíos de Egipto; y el Hanoucah, que evoca la victoria de los Macabeos sobre los sirios.

población total de siete millones. Una antigua inscripción reproducida en la *Chinese Repository*, volumen 20, nos dice que en el año 200 antes de nuestra Era, se establecieron en China los primeros judíos bajo la dinastía de Han. Además, los judíos obtuvieron de Chi-Tsou, fundador de la vigésima dinastía, privilegios que fueron negados a los extranjeros.

En Babilonia llegaron a formar colonias muy numerosas mil años antes de Cristo, y cuatrocientos años después había ya judíos en Grecia, Asiria, Egipto y Libia.

En las excavaciones practicadas en la Mesopotamia en los últimos años, se han encontrado pagarés extendidos a favor de comerciantes judíos, de los siglos VII y VI antes de nuestra Era, y ya en el primer siglo de la misma, Estrabón afirma que: "sería difícil señalar un solo sitio sobre la tierra donde los judíos no se hubiesen establecido poderosamente y donde no se les hubiera perseguido." Claudius Rutilius Numantianus, exclamaba: —"¡Ah, si Tito no solamente hubiera destruído Jerusalem, hubiéramos sido preservados de la peste judía y los vencedores no hubieran gemido bajo el yugo de los vencidos."

En el siglo IV antes de nuestra Era, Alejandro transporta un número considerable de judíos a Alejandría. En el siglo III, ya se les puede encontrar formando grandes núcleos establecidos en Roma.

ROMA

Los judíos dominaron en Roma muchísimos años antes de la Era Cristiana, pues Mommsen, premiado con el premio Nobel de Historia, dice que los judíos eran el fermento de descomposición que ocasionó la ruina del imperio romano. Los hijos de Jacob sobresalieron en las agitaciones anticris-

tianas. Popea, la mujer de Nerón, fué judía y dominó por completo a aquella bestia humana.

En el año 58 (A. C.), Cicerón, en un párrafo de su inmortal obra *Oratio pro Flacco,* dice: "Vosotros sabéis que en vuestras multitudes las influencias judías son más fuertes que las vuestras."

Séneca, refiriéndose a los judíos, dice que "las costumbres de esa raza maldita se han extendido por todos los países; los judíos vencidos dictan sus leyes a los romanos vencedores."

Tácito los apostrofa en sus *Historias,* diciendo: "Los judíos son la escoria del sexo humano. Todo lo que a nosotros es sagrado, lo desprecian; todo lo que nos está prohibido por malo, ellos lo practican."

Cuando en el año 8 después de Jesucristo, una diputación judía se presentó ante Augusto, ocho mil judíos residentes en Roma, los acompañaron para sostener sus peticiones.

El rabino Dr. Wiener, en su libro *Die Juvisechen Speisegsetz,* dice: "que César se sirvió de los judíos y los protegió porque conocía su poder." Este autor confiesa que los judíos fueron los causantes de las persecuciones cristianas, y observa que también en tiempos de Nerón, cuando Roma tenía por Emperatriz a una judía y por Prefecto a un judío, fué justamente cuando comenzaron las matanzas de cristianos.

Tertuliano, en su obra *Scorpiase,* afirma que "Las sinagogas son los puntos de donde salen las persecuciones de los cristianos"; y en su libro *Ad Nationes,* agrega: "De los judíos es de donde salen las calumnias contra los cristianos."

El culto investigador, sacerdote Dr. Rohlieng, en su libro *Die Polemik des Abbinismus,* consigna que los judíos

admiten en su Talmud que cazaron a muerte a muchos cristianos en la antigua Roma.

El rabino Jehuda, uno de los autores del Talmud, logró del emperador Antonino Pío, una orden para que fueran sacrificados todos los cristianos de Roma. A consecuencia de tal orden, fueron torturados y muertos más de cien mil en el año 155 de nuestra Era. Sesenta años más tarde, en 214, por medio de una orden similar, se dió muerte a doscientos mil cristianos; y fueron judíos precisamente los denunciantes y martirizadores de los papas Cayo y Marcelino. El historiador judío Enrique Jorge Leova, en sus comentarios al Talmud, confiesa que en realidad fueron los judíos quienes excitaban a las autoridades romanas contra los cristianos.

Por otro lado, Ovidio, en su *Ars Amatoria*, indica a la juventud romana que en las reuniones de aquella urbe podrían encontrar las más bellas mujeres en los conventículos sabatinos practicados por los judíos. Los israelitas de Roma practicaban por entonces abiertamente su culto y celebraban su sábado de una manera solemne y pública. Por inscripciones de aquella época se sabe de la existencia de siete sinagogas y de tres cementerios judíos en Roma, lo que nos da una idea de la importancia que alcanzaron las colonias judías en aquella metrópoli.

Suetonio, Diódoro, Plinio y otros muchos, hablan frecuentemente de la actuación judía en las épocas del esplendor romano, y dicen que los judíos gozaban de bastante tolerancia religiosa, pero que ya se perfilaba el profundo odio del mundo romano contra aquéllos.

FRANCIA

César llevó a los judíos a tierras de Galia, en el siglo II, y en un principio gozaron de una situación privilegiada y aun fueron tratados como ciudadanos romanos. Establecié-ronse, generalmente, en los centros comerciales de más importancia, por lo que su influencia no tardó en dejarse sentir en aquel país.

En Guiyenne, casi todo el comercio estaba en sus manos; la usura que ellos practicaban abiertamente, les procuró inmensas riquezas. Una de las más antiguas comunidades judías en esta región fué la establecida en Arles.

En 425, el emperador Valentiniano III, prohibió a los judíos ejercer las funciones judiciales, servir en el ejército y poseer esclavos cristianos. En Borgoña, sus prácticas comerciales fueron casi medidas de propia protección. En 465, el Concilio de Vanne, y más tarde los de Agde y Orleans, celebrados en 506 y 533, prohibieron a los cristianos todo comercio con los judíos, así como comer dentro de sus casas e invitarlos, siendo los cristianos amenazados de excomunión en caso de matrimonio con persona de raza hebrea.

El rey Childeberto I, promulgó severas leyes antisemitas. En Clermont, por el año 576, los judíos sufrieron tales persecuciones, que se vieron obligados a refugiarse en Marsella. El Concilio de Macón, por una decisión de 581, les impidió las funciones de alcabaleros, así como ocupar cualquier puesto en los Tribunales de Justicia. En 582, la preponderancia semita en París aumentó a tal punto, que tuvieron su sinagoga; este mismo año, Chilperico I, residente en aquella ciudad, constriñó a numerosos judíos a que recibieran el bautismo cristiano.

Los judíos gozaron después de una época favorable, pues

fueron muy bien tratados por Carlos Martel, por Pepino el Breve y, sobre todo, por Carlomagno. Bajo Luis el de Bonaire, tuvieron una época de apogeo, gozando de libertad para ejercer todas las ramas del comercio, y la indiferencia del rey les permitió llevar su influencia hasta la Corte, aunque años más tarde fueron de nuevo perseguidos y expulsados. Agobardo, el sabio arzobispo de Lyon, escribió contra ellos su tratado *De insolentia Iudaeornum*. Más tarde, sufrieron cruentas persecuciones que se generalizaron desde la primera cruzada y aumentaron en rudeza en las siguientes.

Hacia el fin del siglo XII, las persecuciones contra los judíos se recrudecieron; a ello contribuyó el que las riquezas por ellos acumuladas con detrimento de los intereses de los nacionales, inspiraran una animadversión que culminó en el decreto de Felipe Augusto, el año 1182, expulsando a los judíos, confiscando sus propiedades y haciendo que perdonaran a sus deudores todas las deudas que tenían como fruto de la usura. En años posteriores, no obstante, los judíos se diseminan de nuevo por toda la Francia. En el año de 1240, como consecuencia de una controversia entre Nicolás Donín, judío convertido, y cuatro rabinos, San Luis Rey ordenó se prohibiera la lectura del Talmud y se hizo un auto de fé de los ejemplares del mismo, destruyéndose cuantos se encontraron.

Bajo el reinado de Felipe el Hermoso, aumentaron las persecuciones y comenzó una emigración de numerosos judíos hacia el occidente de Francia, terminando con una expulsión en el año de 1306 y en que sus bienes fueran totalmente confiscados.

Los judíos vuelven nuevamente a Francia el año de 1315, bajo un permiso de Luis X, pero años después tie-

nen lugar massacres terribles y se expulsa a los supervivientes.

En 1365, hay un decreto real en que se ordena se les expulse por completo. Posteriormente, entran nuevas inmigraciones y hay, en 1380, nuevas massacres. Por fin, en 1394, los judíos son expulsados definitivamente: Carlos VI les prohibe la entrada a perpetuidad, bajo pena de muerte, dándoseles un plazo de dos años para liquidar sus bienes, bajo la cláusula de que todas las obligaciones secretas a su favor deberían prescribir el 30 de enero de 1397.

Pero algunos grupos se refugian en las fronteras, lo que hace que bajo el reinado de Luis XI se les permita, bajo ciertas restricciones, regresar a París, a condición de que reciban el bautismo cristiano; los israelitas se someten bajo mera fórmula a esta disposición y solucionan de este modo su entrada a España y Portugal. Por esta época llegan a alcanzar considerable preponderancia en la ciudad de Burdeos. En 1550, obtienen de Enrique II cartas de ciudadanía en que se les confieren los mismos derechos cívicos de que gozaban los demás habitantes del reino. A medida que las persecuciones disminuían, se notaba el regreso de los judíos a sus antiguas colonias y el aumento de su poder económico. En 1615 fueron sorprendidos cuando celebraban su fiesta de la Pascua en algunas sinagogas, lo que irritó sobremanera al pueblo, empezando nuevas persecuciones y massacres. Es de notarse la gran influencia de que gozó el judío Elie de Montalte, famoso médico de María de Médicis, y que le valió ganar muchas prerrogativas para sus hermanos de raza. Gracias a esto llegaron a establecerse fuertes núcleos en Burdeos y en Metz, La Rochela, Nantes y Rouen, aumentando los grupos en la Alsacia y la Lorena. Esta preponderancia suscitó gritos de rebeldía de los comerciantes de aquellas ciudades y se dirigieron al Rey pidiendo la

expulsión de los hebreos; es famosa la carta dirigida por los comerciantes de Tolosa, el año de 1715.

Hasta el año de 1789, los judíos lograron permanecer en Francia con más o menos restricciones, hasta que en la fecha citada alcanzaron una estable igualdad de derechos, bajo cuyas condiciones y con más o menos alternativas, han permanecido hasta nuestros días.

ALEMANIA

En Alemania, los judíos aparecieron por primera vez en el año de 311, debido a un decreto que los expulsaba del decurionato de Colonia; la exclusión de los judíos de ese decurionato significaba para ellos la supresión de un privilegio de suyo muy ventajoso en aquella época, pues los decuriones eran personalmente responsables de la recaudación de los impuestos, lo que les daba una posición superior a los demás. Una ordenanza del Emperador Valentiniano, del año 368, y formulada en Tréveris, prohibe a los militares inmiscuirse en las sinagogas. Los investigadores alemanes admiten con certidumbre que grupos considerables de judíos se establecieron en la Rhenania, desde fines del siglo III y comienzos del IV.

La suerte de los judíos en Germania, tiene una semejanza con la de sus hermanos de las Galias. Las primeras persecuciones aparecen hacia el fin del siglo XI, siendo una de las más feroces la que tuvo lugar en Colonia, en 1349. Aunque según las corrientes de aquellos tiempos, el odio al judaísmo se alimentaba en los apasionamientos religiosos, también entró en buena parte el suscitado por la exorbitancia de sus usuras, pues por entonces los judíos eran los únicos agiotistas.

En 1341, los judíos recibieron prohibición de poseer propiedades urbanas y rústicas; esta medida se explica si se tiene en cuenta que en Colonia esta raza monopolizaba la propiedad agraria, que en Viena, por 1373 a 1469, casi todos los inmuebles eran de su propiedad, que en Amsterdam, según se dice, cuatrocientas familias judío-portuguesas eran propietarias de seiscientas casas. Debido especialmente a esto, en el siglo XV se expulsó a los hebreos de casi todas las poblaciones de importancia; de Colonia y Friburgo en 1425, así como de Prisgau, de Espira en 1435, de Mayenza y Strasburgo en 1431, de Augsbonig en 1439, de Wurezboury en 1450, de Pisban en 1453, de Erfurt en 1458, de Nurenberg en 1498. En Frankford, las vicisitudes de los israelitas podrían llenar un volumen.

La influencia judía en Alemania creció hacia el siglo XVII y el XVIII, a tal punto que los alemanes hacían constantes protestas ante los gobiernos. En marzo de 1717 se publicó una protesta de los comerciantes de Dantzig, en la cual conminaban al Gobierno a que expulsara a los judíos, bajo la amenaza de hacerlo ellos.

Ya en 1672 se encuentran algunas prohibiciones contra los judíos de Alemania, vedándoles las prácticas comerciales. Las alternativas prosiguieron hasta la época de la revolución francesa, en que cambió su situación, comenzando la hegemonía judáica en Alemania, hasta su restricción por el Canciller Adolf Hitler, como en su lugar expondré.

B E L G I C A

La irrupción judáica en Bélgica no merece atención sino hasta la época de la revolución francesa, en cuya época, según una tradición nacional, apareció un grupo de veintiséis

hombres, dieciocho mujeres y treinta y dos niños, en 1757, pertenecientes a la raza hebrea. Fuera de este grupo, un pequeño número de judíos ambulantes procedentes de los Países Bajos, pululaba tan sólo por aquel país. Los azares de la raza errabunda en este suelo se asemejan a los que ya he relatado en Francia y Alemania. Los magistrados de la Villa de Mons dirigieron una súplica al Emperador José II, el 8 de abril de 1789, en los siguientes términos: "Los judíos tienen una moral que los hace odiosos y peligrosos en todas las naciones cristianas, no contribuyen en nada para el bienestar general... Son conocidos en toda Europa por la usura, el robo y el espíritu de fraude en las ventas. Por todo esto constituyen un obstáculo al comercio de nuestros ciudadanos; por cuyas razones venimos a procurar ante Vos os sirváis ordenar sean expulsados, pues aparte de los fraudes que cometen, son poco escrupulosos en sus trámites..." La comunidad judía de Bruselas también tuvo que defenderse contra parecidos reproches de parte de los comerciantes y es digno de mención su manifiesto de 16 de agosto de 1789.

Actualmente, la sola ciudad de Amberes alberga alrededor de cuarenta y cinco mil judíos cuya influencia se hace sentir en todas las actividades. El número de judíos nacionalizados belgas, según estadísticas que tengo a la vista, demuestra que son más de cuatro décimas partes de los judíos residentes; esta nacionalización, en Bélgica, como en todo el mundo, no obsta para que ellos sigan desarrollando su misma política y sus congénitas tendencias.

HOLANDA

Largo tiempo se creyó que este país era una excepción a las influencias judías. Pero se ha comprobado ya que des-

de el siglo XVI hubo bastantes inmigraciones de individuos de esa raza procedentes de Portugal y de España.

Sábese que cuatrocientos años antes residieron en Holanda sin haber sido inquietados seriamente; pero la verdad es que los judíos venidos a Holanda, de España y Portugal, eran núcleos selectos de intelectuales y ricos que habían logrado transportar sus bienes.

En aquel país gozaron de libertad y privilegios, pasando casi inadvertidos y hasta siendo considerados como modelos de hombres.

En la actualidad, Holanda tiene el mayor número de judíos en relación con su población total, superando al porcentaje de cualquier otro país, pues ya en 1930 albergaba a sesenta mil hebreos, habiendo subido mucho esta cifra debido a las emigraciones motivadas en Alemania por la política racista del Reich. De los cincuenta miembros que componen el Senado Holandés, hay seis judíos, o sea el 12 por ciento. En Amsterdam, la colonia judía en 1935 era de setenta mil y poseía diez sinagogas. Ultimamente, Holanda ha tomado parte tibiamente en el movimiento general antisemítico del que Alemania marcha a la cabeza.

ESPAÑA (1)

La preponderancia judía en España arranca propiamente del siglo X.

Abú Jussuf Chasdai ibn Schaprut, nacido de familia

------

(1) Como la actuación judía en España y Portugal tiene íntima relación histórica con los primeros episodios del descubrimiento y conquista de América y tales hechos se relacionan con algunos sucesos importantes acaecidos en la Nueva España, el autor ha preferido tratar este importante aspecto del judaísmo en el segundo libro, que actualmente tiene en preparación y en el que se tratará ampliamente la actuación judía en América y en México.

hombres, dieciocho mujeres y treinta y dos niños, en 1757, pertenecientes a la raza hebrea. Fuera de este grupo, un pequeño número de judíos ambulantes procedentes de los Países Bajos, pululaba tan sólo por aquel país. Los azares de la raza errabunda en este suelo se asemejan a los que ya he relatado en Francia y Alemania. Los magistrados de la Villa de Mons dirigieron una súplica al Emperador José II, el 8 de abril de 1789, en los siguientes términos: "Los judíos tienen una moral que los hace odiosos y peligrosos en todas las naciones cristianas, no contribuyen en nada para el bienestar general... Son conocidos en toda Europa por la usura, el robo y el espíritu de fraude en las ventas. Por todo esto constituyen un obstáculo al comercio de nuestros ciudadanos; por cuyas razones venimos a procurar ante Vos os sirváis ordenar sean expulsados, pues aparte de los fraudes que cometen, son poco escrupulosos en sus trámites..." La comunidad judía de Bruselas también tuvo que defenderse contra parecidos reproches de parte de los comerciantes y es digno de mención su manifiesto de 16 de agosto de 1789.

Actualmente, la sola ciudad de Amberes alberga alrededor de cuarenta y cinco mil judíos cuya influencia se hace sentir en todas las actividades. El número de judíos nacionalizados belgas, según estadísticas que tengo a la vista, demuestra que son más de cuatro décimas partes de los judíos residentes; esta nacionalización, en Bélgica, como en todo el mundo, no obsta para que ellos sigan desarrollando su misma política y sus congénitas tendencias.

HOLANDA

Largo tiempo se creyó que este país era una excepción a las influencias judías. Pero se ha comprobado ya que des-

de el siglo XVI hubo bastantes inmigraciones de individuos de esa raza procedentes de Portugal y de España.

Sábese que cuatrocientos años antes residieron en Holanda sin haber sido inquietados seriamente; pero la verdad es que los judíos venidos a Holanda, de España y Portugal, eran núcleos selectos de intelectuales y ricos que habían logrado transportar sus bienes.

En aquel país gozaron de libertad y privilegios, pasando casi inadvertidos y hasta siendo considerados como modelos de hombres.

En la actualidad, Holanda tiene el mayor número de judíos en relación con su población total, superando al porcentaje de cualquier otro país, pues ya en 1930 albergaba a sesenta mil hebreos, habiendo subido mucho esta cifra debido a las emigraciones motivadas en Alemania por la política racista del Reich. De los cincuenta miembros que componen el Senado Holandés, hay seis judíos, o sea el 12 por ciento. En Amsterdam, la colonia judía en 1935 era de setenta mil y poseía diez sinagogas. Ultimamente, Holanda ha tomado parte tibiamente en el movimiento general antisemítico del que Alemania marcha a la cabeza.

ESPAÑA (1)

La preponderancia judía en España arranca propiamente del siglo X.

Abú Jussuf Chasdai ibn Schaprut, nacido de familia

------

(1) Como la actuación judía en España y Portugal tiene íntima relación histórica con los primeros episodios del descubrimiento y conquista de América y tales hechos se relacionan con algunos sucesos importantes acaecidos en la Nueva España, el autor ha preferido tratar este importante aspecto del judaísmo en el segundo libro, que actualmente tiene en preparación y en el que se tratará ampliamente la actuación judía en América y en México.

judía, hombre rico y de gran cultura, fué Ministro de Negocios Extranjeros del Califa de Córdoba, Abdul Ramán III. Empleó su considerable influencia en el mejoramiento de todos sus hermanos de raza, consiguiendo mayores privilegios para ellos y adquiriendo, asimismo, riquezas fabulosas.

Un siglo de hegemonía fué suficiente para alcanzar la supremacía en la España de aquellos años. Pero más tarde, hacia 1066, sufrieron una persecución y numerosos judíos fueron muertos. Sin embargo, muy pronto obtuvieron la revancha bajo el reinado de los reyes cristianos, pues escalaron los cargos públicos más importantes y gozaron de excepcionales favores. Sus comunidades fueron autónomas en materia judicial y vivieron una verdadera edad de oro. Hase dicho, sin que en ello haya exageración, que llegaron a ser los consejeros únicos de cinco reyes ibéricos, aunque el pueblo no dejaba de malmirarlos y perseguirlos. Presto les sobrevino una cadena de persecuciones: en Sevilla murieron, en 1391, más de cuatro mil judíos; en Medina del Campo se les quemó con todo y sus libros en 1461. En Sepúlveda, se les persiguió cruelmente en 1468, en Toledo hubo matanzas terribles en 1488.

Ante tales persecuciones, gran número de judíos se hicieron bautizar, esperando escapar así del odio general, pero no fué en vano, pues los ibéricos se dieron en breve cuenta de que tales conversiones eran sólo aparentes y de mero formulismo. En las matanzas de Toledo sucumbieron por igual los judíos circuncidados que los bautizados, a los que se designaba con el nombre de "marranos." Casi a raíz de estas persecuciones, se dictaron ordenamientos que restringían sus derechos, y poco después trescientos mil judíos salieron expulsados de la Península Ibérica, inaugurándose una nueva etapa histórica.

INGLATERRA

Créese que los primeros judíos habitantes de las Islas de Albión, fueron llevados allá por los romanos, pero no dieron signos de existencia sino hasta después de la conquista por los normandos. En el comienzo de sus actividades, se dedicaron a la usura y al comercio marítimo. Se cita el reinado de Enrique II (1154-1186), en cuya época adquirieron gran preeminencia, llegando dos de los señores feudales de origen judío a tener un poderío y una influencia excepcionales en la Corte. Por aquellos años quedaron exceptuados del servicio militar, lograron una concesión para ser los únicos prestamistas, subiendo su interés reditual hasta un 43%; como resultado de tan ventajosa situación, muchos judíos llevaban vida de magnates y poseían palacios regios. Fué el Condado de York el que presenció la primera gran matanza de judíos en 1190, en la cual perecieron algunos centenares de ellos; pero como el Rey tenía interés en protegerlos de las iras populares, los tomó directamente bajo su protección, considerándolos como siervos de la Corona, lo que les daba oportunidad para gozar de muchos privilegios, entre otros el de quedar sustraídos a la autoridad de los señores feudales, tan potentes en aquel tiempo. En 1194 se ordenó que todas las deudas que se tuvieran con los judíos fueran registradas en un departamento oficial creado al efecto, debiéndose guardar copia de los créditos en los cofres que había en las villas habitadas por los judíos; esto era una medida protectora de sus intereses y la guarda y registro de los títulos estaban encomendados a una comisión integrada por dos judíos y dos ingleses.

Bajo el reinado de Eduardo I (1272-1307), les fué prohibido el ejercicio de la usura y se les conminó a que se de-

dicaran a la agricultura, dictándose leyes severas para los remisos. En 1279 fueron reducidos a esclavitud y castigados duramente doscientos y tantos judíos por dedicarse a falsificar moneda. Dictóse una ley general que daba a los hebreos un plazo de quince años para que cobraran las deudas que tenían como fruto de la usura y se dedicaran definitivamente al campo; el plazo transcurrió, ningún judío se ocupó del campo, y el Rey ordenó su expulsión en 1290, saliendo alrededor de seis mil judíos; se dictaron medidas a fin de que pudieran ser exiliados sin que nadie los molestara y la orden fué obedecida por todo mundo, salvo por un capitán de barco que, habiendo embarcado a algunas de las familias más opulentas, las arrojó al mar para que se ahogaran; este capitán, a su regreso a Inglaterra, fué castigado con rigor.

Transcurridos varios años, los judíos lograron introducirse de nuevo a la Gran Bretaña, por diferentes medios, y aun durante el reinado de Cromwell no dejaron de habitar allí. Casi desde aquellos tiempos los gobiernos siguieron una política de tolerancia en contraste con la oposición del pueblo y a pesar de los movimientos esporádicos de protesta contra los semitas.

En 1753 fué votada una ley que facilitó su naturalización y desde esa época han seguido tomando parte muy activa en la política de aquel país, a tal punto que se dice que ua grandeza de Albión se debe en mucho a la habilísima actuación del judío Benjamín D'Israeli, Primer Ministro.

SUIZA

La presencia de los semitas en Suiza fué algo tardía, pues sólo se les halla en este país hasta el siglo XIII. Como siempre, se dedicaron a la usura, por lo que fueron ex-

pulsados de todos los cantones en los años de 1348 y 49. Volvieron más tarde, en 1360, y hubo una nueva inmigración en el siglo XV. Pero en 1427 fueron expulsados por segunda vez; en 1490 se les arrojó del Cantón de Zurich y de Geneve y, definitivamente, de todos los cantones en 1500. La revolución francesa sopló sobre ellos vientos favorables, por lo que de nuevo se les admitió en Suiza, restituyéndoles sus prerrogativas; pero al comienzo del siglo XIX nuevamente se les atacó y Geneve les negó la igualdad de derechos civiles, que al fin les otorgó en 1841, siguiendo Berna el ejemplo en 1848.

En 1851, en el Cantón de Bale Champagne, se les prohibió establecerse, vedándoseles toda actividad, no bastando esto, se dictaron severas penas para todo el que se asociara con judíos o los tuviera a su servicio como asalariados.

Habiendo Luis Felipe suspendido sus relaciones con el semicantón de Bale Champagne, Isaac Cremieux y otros judíos influyeron poderosamente para que se tolerara a sus correligionarios en Suiza y se les reconociera igualdad de derechos, exaltando astutamente la libertad de conciencia y de cultos. El restablecimiento entonces logrado, no se verificó sino en medio de oposiciones y alternativas. La Alianza Israelita presionó al gobierno francés y amenazó a Suiza con hacer que se revisaran los tratados; como consecuencia de esto, el Gran Consejo del cantón suizo de Argovie votó la emancipación de los judíos, por más que el pueblo recibió esta disposición con marcado disgusto.

Los comités regionales de la Alianza Israelita de Francia, Bélgica y Holanda, emprendieron una acción conjunta a fin de que no se revisaran los tratados de Comercio con Suiza si ésta no decretaba la igualdad y aun ciertos privilegios para los hebreos. El gobierno francés, presionado por los intereses judíos, exigió al de Suiza el decreto de igual-

dad judáica, a fin de que los judíos franceses quedaran en las mismas condiciones que tenían en Francia, y como consecuencia de esto, en 1864 se firmaron unos tratados de comercio que, en cláusula especial, estipulaban las garantías que habían de gozar los israelitas.

A partir de esa fecha ha venido un aumento constante de judíos, pues los gobiernos judaizantes han presionado al de Suiza para que los apoye. Ahora los 3,100 judíos existentes en Suiza en 1870, han multiplicado su número a tal grado, que se puede decir que en aquel país han llegado al punto de saturación. A esto ha influído últimamente la emigración de judíos procedentes de Alemania.

DIVERSAS ETAPAS

En los anteriores párrafos he condensado las principales vicisitudes de la raza errante. De esta ojeada se desprende que en todo tiempo y en todo país, su presencia ha despertado recelos, luego odios y al fin persecuciones de parte del pueblo. Los gobiernos, por su parte, en todos los tiempos, han dictado leyes en su contra, similares en todas las latitudes, tornando frecuentemente en rigor su hospitalidad primera, sucediéndose las persecuciones tras los encumbramientos con una regularidad que casi se puede erigir en ley histórica.

Por otra parte, las restricciones puestas al semitismo, no obedecen a ningún principio general, pues mientras en unas partes se les permite el comercio o la agricultura, en otras se les veda; mientras en un país se les tolera una, se les veda el otro. Sin embargo, la reseña histórica que he bosquejado, trae dos grandes enseñanzas, muy de actualidad para los problemas modernos y su solución: primera,

el tesón con que luchan por afianzarse en el suelo donde una vez han puesto la planta, a pesar de ataques y expulsiones; segunda, la tendencia plenamente racial y congénita, a las finanzas y la usura, al comercio y a la ocupación de puntos ventajosos en los grandes focos de población. Resulta, pues, históricamente, el espíritu de agio, de mercaderismo y de urbanismo, como característicos de la raza hebrea. Otra cosa también se desprende de esta disquisición en su parte historial: la reaciedad y refractarismo a toda asimilación nacionalista, lo mismo en lo social que en lo confesional, que dominan entre los israelitas y que forman contraste, por demás explicable, con su facilidad para adoptar, de modo aparente y formulístico, la carta de naturalización que es como un pasaporte para quedar al nivel de los demás ciudadanos. Pero es de justicia consignar también que, naturalizados y todo, los judíos no obedecen, en el fondo, sino a su código tradicional, el Talmud. Esta es su ley suprema, ante la cual se relegan las leyes y ordenamientos nacionales.

Fenómeno notable es por lo demás, el que una persecución y un disgusto tan prolongado y general de los pueblos contra esta raza, no sólo no la haya exterminado o confinado a una región, sino que parece haberle dado nuevo vigor y ayudado a su esparcimiento universal. Sin territorio, y sin gobierno aparente, ha sobrevivido a muchos imperios; asesinatos en masa en mil ciudades, sobrevive a sus perseguidores, y si en la época del rey David la raza hebrea sumaba tan sólo casi tres millones, hoy, esparcida por el orbe entero, suma ya más de veinte millones de judíos, habiendo centuplicado no sólo su ubicuidad, sino más aún, su poderío y riqueza.

¿Cuál es la razón de su supervivencia racial, a despecho de toda ley histórica y hasta lógica? ¿Cuál es el motivo secular del odio universal que los persigue y qué peculiarida-

des relevantes les han valido la antipatía general? ¿Por qué ha sido odiado y perseguido por razas tan distintas y civilizaciones tan apartadas, como son la oriental y la romana, la sajona y la gala, la hispana y la holandesa. Y, finalmente: ¿Cuál es la fuerza interna que los mantiene, después de veinte siglos, unidos, potentes, tradicionales, en medio de una hostilidad sorda o declarada, pero siempre existente en su contra sobre el haz de la tierra?

La respuesta a tan complejas cuestiones, sería la clave para resolver el problema mundial del judaísmo.

El notable escritor de cosas judías, Vries de Heekelingen, en su obra *Israel, su pasado y su porvenir,* asigna un proceso común universal al nacimiento, desarrollo y calma del antisemitismo; proceso que se ha manifestado con idénticos signos de todos los tiempos, civilizaciones y latitudes. He aquí las etapas por que atraviesa ese movimiento, según el citado sabio:

Primera etapa: INSTALACION. Los judíos hacen su aparición en algún pueblo y son recibidos con indiferencia, a veces con cordialidad.

Segunda etapa: ESTABLECIMIENTO. Los judíos, una vez admitidos o tolerados, tratan de consolidarse, explotando sus actividades favoritas. Los nacionales los dejan convivir y se hacen sus clientes.

Tercera etapa: APOGEO. Los judíos acumulan riquezas por medio del gradual monopolio del comercio, la finanza y la industria. Su engrandecimiento provoca envidias y se fragua un principio de animadversión en su contra.

Cuarta etapa: RESISTENCIA. Se inicia un período de movimientos de protesta en su contra; vienen las efervescencias y hay ataques en la prensa, discursos y luchas callejeras; la irritación popular es contrabalanceada por los elementos ecuánimes de la sociedad.

Quinta etapa: FRANCA HOSTILIDAD. El pueblo, exasperado, rompe los diques de la mesura, ataca, mata, hay matanzas de grupos y los judíos solicitan la protección del gobierno; comienzan los éxodos judáicos hacia tierras más tolerantes y la calma nacional renace.

Este proceso, en sus cinco etapas, repetido al través de muchos siglos, marca el tenor de las vicisitudes del eterno errabundo: Israel. Tan sólo un país, según se asegura, ha escapado de esa ley histórico-social: China, en donde nunca ha sido de notarse el antisemitismo.

LOS JUDIOS EN OCCIDENTE

EL mundo de Occidente vive influenciado por el talento de Israel; el propio cristianismo, *Alma Mater* de nuestra cultura y que anima a todos los valores morales, sirviendo de sostén a nuestra sociedad, nació y se nutrió en el pueblo hebreo, ya que éste fué el depositario primordial de la revelación sobrenatural, tanto en la tradición como en la Biblia. Pero consumado el cristianismo, sólo quedó a los judíos el ánfora vacía, el símbolo y la ley vieja, y lejos de aceptar el perfeccionamiento de un credo cuyo embrión estaba bajo su guarda, se tornaron en sus enemigos jurados, extendiéndose este odio a todas las razas civilizadas por el Evangelio. Esto ayuda en buena parte a explicar el rencor secretísimo que anima a los descendientes de Judá contra los "gentiles." No obstante esta animosidad, la cultura occidental tutelada por la religión de Cristo, ha recibido el concurso de los talentos israelitas. Si en las épocas bíblicas sobresalieron Moisés como legislador, David como rey valiente, Salomón como sabio, Isaías, Ezequías y Jeremías, como inspirados y videntes, los Macabeos como pa-

triotas, pasada aquella época, ya en plena Edad Media, basta citar al gran filósofo Benito Spinoza, descendiente de judíos portugueses y cuya filosofía preponderó formando escuela en su tiempo; al pensador Heine de Dusseldorf, connotado crítico del romanticismo alemán; a Karl Marx, el Pontífice del Socialismo, cuyo libro, *El Capital*, ha sido la piedra angular de toda una revolución ideológico-social y que encaminó la historia y la sociología por las sendas de la Economía; a Lombroso, el gran penalista de Verona, que sostiene que los sabios y los degenerados son dos extremos de la anomalía humana y que no hay tales sabios en realidad; a Sigmund Freud, el famoso hebreo de Freiberg de Moravia, apologista y científico de las ideas sexuales; al pensador vienés-judío Weininger, detractor intelectual del bello sexo.

Casi en nuestros días, debo citar a Bergson, el genial filósofo parisino que abre con sus teorías nuevas rutas a la inteligencia humana para el descubrimiento de la verdad; a Salomón Raeinach, gran apologista de las religiones; al Prof. Albert Einstein, destructor de las concepciones matemáticas del gran físico Newton; al notable hebreo de Dublín, Meyerson, que sustenta la teoría de que las leyes racionales no se adaptan completamente a las realidades. Y fuera del campo de las ciencias, son innumerables los comerciantes geniales, los empresarios atrevidos, los políticos y consejeros astutos, los pintores, poetas, músicos y cantores que han salido de la raza judáica y que han dado luz y avance a la cultura humana en todos los ramos. Basta citar, entre los músicos, al célebre violinista Jascha Heifetz, de extracción judía.

Todos estos grandes genios, y muchos más, todos descendientes del patriarca, han descollado en el campo de la inteligencia humana; todos ellos han aportado un óbolo al acervo del común saber; pero es digno de notarse que esa

aportación judía, no ha podido menos de resentirse de las peculiaridades de la raza estigmatizada de los pueblos; parece como si sus cerebros, vertiesen una luz negra y como si sus concepciones se inspirasen en un estro más diabólico que humano. Por eso, desde el historiador judío Josefo, que trató de presentar lo peor posible a los cristianos de su tiempo, hasta Marx, el revolucionario de las ideas, todos han sido tocados de una especie de demonio familiar inclinado a la destrucción, al ataque, a la crítica. Ha habido grandes constructores, pero la regla más bien es que se han dedicado a destruir, siquiera sea bajo el pretexto del escalpelo.

Y en la política, una de las grandes especialidades del judío, acaso por ser la más acorde con su espíritu y con las finalidades que su raza encubre, casi no hubo Corte de los tiempos antiguos donde no estuviera el judío atisbando los secretos, cuchicheando al oído de los monarcas, influyendo en las decisiones de los consejos. Siempre el maquiavelismo ha presidido esta actuación especialísima de los altos judíos. Por lo demás, dada su grande adaptabilidad y astucia, siempre han prestado ayuda a los soberanos, como se ve en la historia de Napoleón, de quien se ha llegado a decir que no hubiera sido tan guerrero sin el concurso de los espías y consejeros judaicos. Ahí está también el gran Primer Ministro D'Israeli, judío neto y que tan eficazmente cooperó a la consolidación de la grandeza del Reino Unido. Y lo mismo en la antigüedad que en la Edad Media, el judío gustó de hacerse pasar por preceptor enseñando al género humano las letras, tanto en la época de Carlo Magno, que lo admitió a esa actividad, como en tiempos modernos; y es quizá que el espíritu de proselitismo, aunque misterioso y vergonzante, no ha abandonado totalmente a la raza y la hace influir en las ajenas culturas.



El escultor judío Jacobo Epstein (Londres), admirando su propia obra, que llamó "Génesis."

CAPITULO III.

LO QUE SIGNIFICA EL PROBLEMA JUDIO Y EL ESTADO ACTUAL DE ESTE ESTUDIO.

EXISTE en el mundo un problema social del judaísmo, provocado por la llamada raza judía? Hoy, a pesar de los estudios y divulgaciones sobre la materia, millones lo afirman y millones lo niegan rotundamente. Los primeros en negarlo son los propios judíos, quienes dicen que el problema ha sido creado artificialmente por los antijudíos envidiosos del auge y engrandecimiento hebreo, o por prejuicios raciales y religiosos. Existe, sin embargo, un número considerable de escritores judíos que reconocen la existencia del problema, si bien lo atribuyen a causas bien distintas. Hasta hay algunos de entre los israelitas que sinceramente reconocen que su raza ha suscitado un problema al través del nomadismo a que ha sido condenada. Theodore Herzl, el apóstol del sionismo, dice: "La cuestión judía sigue en pie, necio fuera negarlo; la cuestión judía existe prácticamente do quiera residen judíos en número perceptible; donde aún no existiera, es impuesta por los judíos en el transcurso de sus correrías. Es natural que nos traslademos a sitios en que no se nos persigue, pero una vez ahí, nuestra presencia

provoca también las persecuciones. El infausto judaísmo es el que introduce ahora el antisemitismo en Inglaterra..." (1)

Abundando en los mismos conceptos y reconociendo la existencia del problema, el escritor judío Oscar Levy, dice: "No hay en el mundo raza más enigmática ni más fatal, y por consiguiente más interesante, que la raza judía. La cuestión judía y su influencia sobre el pasado y el presente, y la ansiedad que despierta en el futuro, alcanzan a todo y deberían dilucidarse por los tratadistas con toda sinceridad, aun a pesar de las grandes dificultades y de la complejidad del asunto y la especial característica de los individuos de esta raza." (2)

El ilustre profesor Albert Einstein, dice: "La historia nos ha impuesto una dura lucha; pero mientras seamos los abnegados servidores de la verdad, de la justicia y de la libertad, continuaremos, no solamente existiendo como el más antiguo de los pueblos vivientes, sino, como hasta hoy, crearemos, gracias a un trabajo fecundo, valores que contribuyen a ennoblecer a la humanidad. (3)

En el prefacio de la obra intitulada *El Judío Internacional*, del conocido industrial norteamericano Henry Ford, leemos lo siguiente: "La cuestión judía se relaciona no solamente con los hechos del dominio público, tales como predominio financiero y comercial, asalto al poder público, monopolización de todas las necesidades de la vida, influencia arbitraria en la prensa de un país, sino que penetra en la vida cultural de los pueblos, convirtiéndose en esta forma en un problema para las naciones. Del vasto material de hechos

------

(1) Theodoro Herzl.—*Un Estado Judío*. Pág. 94.

(2) Oscar Levy.—En una carta al autor de *La signification mondiale de la Revolution Russe*, G. Pitt Rivers.

(3) Albert Einstein. *Cómo veo el Mundo*.

coleccionados con suma diligencia y seleccionados críticamente, resulta con anonadadora claridad, que no existe país alguno en el mundo entero, cuyo desarrollo político, económico y cultural, que pudiera comprenderse del todo, si no es desde el punto de vista de su absoluta dependencia de un plan coherente del judaísmo para su predominio universal. Ningún país del mundo debe entregarse a la ilusión de suponerse libre de influencias judías por carecer de sinagogas o colonias hebreas visibles. Bolsa, Parlamento, Prensa, son en todas partes los creaderos del espíritu judío, sin que nada importe que sus representantes visibles sean judíos de raza o no. . . En algún país se llevará tarde o temprano la cuestión judía a una solución práctica, con lo cual, automáticamente, se agudizará para las demás naciones. Cada pueblo tendrá que decidir si, en conciencia de raza, prefiere terciar por razón de orden, bienestar y veracidad, o si en adelante querrá dejarse esclavizar visible o invisiblemente por el judío y vivir en discordia, pobreza y deslealtad. . ."

Theodore Fritsch dice: "No hay remedio posible para los pueblos sin la eliminación del elemento judío." (1)

El Director del "Servicio Mundial," Ulrich Fleischhauer, conocedor de las actividades judías, sugiere esta solución: "Demos al judío un lugar para que se establezca sobre la tierra." (2)

Por las anteriores citas de notables escritores judíos, las cuales podríamos multiplicar, así como de judiólogos que estudian el problema desde un plano científico, y que por cierto cada día se multiplican más, vemos la paladina confesión

---

(1) Servicio Mundial. Boletín bimensual editado en Erfurt, Alemania, que publica lo más interesante sobre la actuación judía en el mundo.

(2) "Servicio Mundial," ya citado.

de una y otra parte, del problema que plantean los elementos de las comunidades judías en su convivencia con los pueblos; en nada obstando para tal reconocimiento del problema judío el que algunos de ellos, como Einstein, lo atribuyan a que el hebreo tenga una concepción más alta de los fines de la humanidad y un constante batallar en pro de valores humanos como la justicia social, el nivelamiento de clases, etc., agregando que todo el problema consiste en la incomprensión de los altruistas fines judáicos.

De todos modos, en el camino hasta aquí recorrido, se ve claro que, sea por lo que fuere, el judío ha sido causa de malestar y disturbio dondequiera que ha habitado.

Así pues, ha existido un pueblo cuya vida se cuenta ya por decenios de siglos, y que a la fecha sigue dando muestras de incontestable vitalidad; ese pueblo, de características raciales y psíquicas particularísimas, ha actuado en la historia y se ha comportado con los demás pueblos en una forma especial, al punto que se ha hecho, a pesar de su nomadismo universal, perfectamente distinto entre los demás, conservando, mejor que cualquiera otro, las peculiaridades idiosincrásicas inevolucionadas, que han hecho que, lo mismo ahora que desde los más remotos tiempos, se le señale, a veces con rabia, a veces con misericordia, frecuentemente con envidia, pero siempre con antipatía; sentimientos que evolucionando y organizándose al correr de los tiempos, han provocado una reacción cada día más definida y que hoy día se designa bajo la denominación de antisemitismo.

La Historia del pueblo hebreo, al decir de sus historiadores, es la historia de sus persecuciones, de sus massacres y de sus expulsiones.

No me referiré por ahora, ni hace al caso, dada la índole de mi trabajo, al aspecto puramente racial. desde un punto de vista biológico, puesto que el aspecto racial de un pue-

blo, sus particularidades atávicas o sus caracteres somáticos, son más bien del resorte de otras ciencias, v. g. de la antropología histórica; mi intento se concreta al pueblo judío en cuanto es y ha sido un elemento humano que ha actuado en la vida social, moral, económica y jurídica de la humanidad, en cuanto ha sido un factor de agitación, de malestar, en cuanto ha constreñido a los hombres a adoptar delante de él ciertas actitudes colectivas en cuanto prácticamente les ha impuesto determinadas normas y los ha empujado a tales o cuales situaciones.

Aparte de constituir un conglomerado de la estructura social que ya mencioné, causas históricas singulares lo han fundido en una comunidad de calidades especiales y su solidaridad milenaria lo ha hecho apto para la lucha y para la defensa, tanto corporativa como individualmente.

Su actuación tiene trascendencia en la vida social, cultural, económica y legal de los pueblos, como lo afirma Henry Ford. En la actualidad ya no cabe duda de que es un fermento de rebeldía y de agitación.

Hay que darse cuenta de que en los presentes momentos, como ya lo he repetido, asistimos a un renacimiento pleno de vigor del pueblo de Israel. El problema judío no es ya simplemente un problema religioso, ni siquiera económico, por más que este último aspecto sea el que más ha llamado la atención de los estudiosos, sino que ha llegado a ser un problema profundo de nacionalidad; y como este concepto engloba, no únicamente lo racial, lo tradicional y lo social, sino que afecta muy directamente a los basamentos de la nacionalidad de todo pueblo, o sea sus principios constitutivos —las cartas magnas escritas y tradicionales de las naciones—, resulta que la cuestión es plenamente de quien debe ocuparse de esas bases sobre que se sustenta la vida legal de los pueblos como constitutivos de una nación, no

menos que de las normas a que esos pueblos se sujetan y por las cuales se rigen en sus actividades.

Puedo sintetizar en las siguientes líneas los principales atributos distintivos de la nación judía: comunidad racial completamente cerrada hacia las demás comunidades, tanto en lo que se refiere a intercambio racial como social; espíritu de suficiencia y de refinada egolatría, exclusivista y egoísta, consiguientemente; espíritu eminentemente conservador de todo lo tradicional e histórico de su raza; tendencia de dominio y acaparamiento de todo lo que significa riqueza mueble; espíritu siempre rebelde a toda forma política estatal, lo que se traduce en una tendencia sutil a constituir una comunidad aparte, a un lado de las leyes generales y aun constitutivas de los países en que habita, y en los cuales se coloca ordinariamente al margen y hasta por encima del régimen común; cierto sentimiento de supremacía y superioridad, que en las altas esferas judías, suele traslucirse por un afán de dominio intelectual, de dirección de la cosa pública y social; una repulsión y un odio por todo lo no judío, que frecuentemente rayan en fanatismo; un enorme poder adaptativo para amoldarse a todas las situaciones, así como para adoptar todas las nacionalidades, según conviene a sus intereses.

Tales son los rasgos más importantes que los hombres de estudio han descubierto en esta raza. Puedo agregar, además, dos detalles: el uno, el modo de ser del judío, antipático a los ojos de todas las gentes; y segundo, y muy marcado, el afán de colocarse siempre al margen de la ley, de ocultar y disfrazar con sus actividades lícitas sus verdaderas ocupaciones. Sobre esto último he podido comprobar que es comunísimo el que el individuo israelita tiene dos negocios: el uno, aparente y que sirve sólo para darle un aspecto de honorabilidad; el otro, el verdadero, ilícito y fre-

cuentemente vergonzoso. Esto explica cómo muchos judíos se sostienen con negocios miserables o de escaso movimiento: es que la fuente de sus ingresos está en otra parte.

También debo decir, por vía de aclaración y para mejor enfocar el problema, que la característica eminentemente religiosa y fanática que se ha atribuído al pueblo hebreo, actualmente ha pasado a un lugar bastante secundario, es decir, que hoy día, el judaísmo no es ya una fe, una confesión religiosa; esto no obsta para que las comunidades judías guarden un fantasma de culto, observen su sábado, huyan de lo impuro y contaminado, según sus residuos mosaicos; pero prácticamente puede afirmarse que la religión judaica se ha desleído y relegado.

DIVERSOS ENSAYOS

Para resolver el problema judío se han ensayado los más variados procedimientos. Se ha creído que la cuestión estriba en la intolerancia religiosa, y se les han allanado los caminos y permitido sus prácticas anticuadas. Se ha pensado que el bautismo cristiano salvaguardaría a los israelitas de las persecuciones y les facilitaría la asimilación a la cultura occidental, pero nadie ha aceptado a los judíos bautizados, sino en contadísimas excepciones; y ellos, por su parte, una vez bautizados, han seguido lo mismo que eran antes, así en lo religioso como en todo lo demás. Ya mencioné un caso resaltante sucedido en España, en donde el pueblo tomó como sacrilegio el bautismo de los judíos y avivó su odio contra ellos. Se ha pensado en sojuzgarlos y tenerlos a raya, circunscribiéndoles el campo de sus actividades, pero han salido avantes de esta prueba, como pasó en los días del Faraón: con nueva vitalidad y más riquezas.

Se ha ensayado modernamente el sistema de concentración en determinada parte del mundo, dándoles una entidad

territorial, aprovechando de paso la tendencia de muchos judíos y su sueño romantizante, basado en ciertas profecías bíblicas, especialmente de Isaías, de recuperación de la patria perdida y del emporio de Sión en los últimos tiempos del mundo; pero esto no ha pasado de ser un ideal poético y el sionismo ha resultado un fracaso, a pesar de que los judíos de las cuatro partes del mundo otorgan considerables sumas para el sostenimiento de los poquísimos *hermanos* que se han establecido en Palestina; pero la casi totalidad de los israelitas, por espíritu de universalidad y por conveniencias positivas, sólo reconocen como patria, si vale la expresión, al suelo en donde obtienen las mayores ventajas; por otra parte, y según su mentalidad, la diáspora, la dispersión, es el sitio más estratégico para su acariciada dominación mundial. Así pues, cuantos medios se han ensayado para resolver la cuestión, desde lo más drásticos hasta los más razonados y diplomáticos, todos se han estrellado ante la contumacia, ante la errabundez y ante la astucia de esa raza. Por otra parte, su vitalidad, su riqueza y su posición dominadora, han dado al traste con todos los proyectos para aniquilarlos o encerrarlos en límites que pugnan con su ambición.

Y sin embargo, el mismo mundo judío, hasta donde reconoce el problema, no desespera de encontrar una solución, sólo que sus planes son totalmente diversos de los que los no judíos proponen y de lo que el mundo necesitaría para librarse del mal.

SU ENCUMBRAMIENTO Y HEGEMONIA.

A pesar de lo difícil de hacer estadísticas judaicas, se ha calculado que el total de individuos del pueblo hebreo que existen diseminados pro todo el orbe, sube a veinte millones de almas; hay varias razones para sospechar que esta



Este es el famoso "Mapa Europeo de los Iniciados," que se publicó en la revista londinense "Truth," en la edición de Navidad de 1890. En la parte superior
(XV), el Kaiser Guillermo II, huyendo al extranjero; a su lado, marchando a la cárcel, el zar de Rusia, el rey de Bulgaria, el emperador de Austria y el
Italia; (XVII), la gorra revolucionaria, "la luz deslumbrante de un día democrático"; en el mapa (XVI), Europa divididas en repúblicas, los franceses so
Rhin, la frontera danesa abarcando una parte del territorio alemán, el corredor polaco separando Prusia del resto de Alemania, en Rusia. "Desierto Ruso
(VI y VII), el Kaiser convenciendo a los monarcas extranjeros para obtener su voluntad; (VIII y III), brindando el ejército revolucionario por el triunfo
revolución y asesinato de los nobles y soberanos; (XIV), los soberanos europeos recibiendo noticia de la derrota de sus ejércitos; (XII), huida de los jefes
ejércitos de los imperios centrales, después de su derrota; (X), sublevación de los ejércitos y fusilamientos de altos jefes del mismo; en los demás números
entes episodios de la revolución mundial. Confróntese, pues, la realidad actual con los pronósticos hechos en 1890 por altos centros judíos.